

CONFERENCIA ESCOLAR

La conciencia y la libertad

Hace algún tiempo sorprendí a dos de nuestros alumnos de más edad en animada conversación sobre los hombres célebres de nuestra época. Uno de ellos, bachiller aquel año, ensalzaba con vehemencia y con alguna confusión las ilustraciones modernas de la ciencia, de la política, de la guerra, de la historia y de las letras: Lesseps, Bismark, Edison, Pasteur, Thiers y hasta Víctor Hugo. El otro, congregante, hacía prudentemente algunas observaciones sobre aquellas celebridades del día. «¡Pero la ciencia!» dijo el primero— «¡Pero la conciencia!» dijo el segundo.

Decía muy bien, hijos míos, y le felicité por ello. Sí, hay algo que vale más, infinitamente más que la ciencia: ese algo es la conciencia. Tomad, si os place, el sér más pródigamente dotado de la creación; en ese tan favorecido sér poned todo lo que queráis, la inteligencia, la elocuencia, el talento, el genio; si falta la conciencia, nada habéis hecho. A los ojos de los hombres será una potencia, y será una ruina a los ojos de Dios. No es un hombre; no tiene más que el nombre.

Ante todo queremos hacer de vosotros hombres de conciencia, para que seáis hombres del deber. ¿Qué es la conciencia, la conciencia moral? ¿Qué clase de conciencia debemos tener? Vale la pena la respuesta a estas dos preguntas.

I

¿Qué es la conciencia? ¿de dónde viene? ¿qué papel desempeña en el gobierno de la vida, de vuestra vida propia? Meditad y acordaos.

Quando un día, hijos míos, os habéis visto en presen-

cia del pecado y de sus solicitudes importunas, ¿no habéis oído inmediatamente en vosotros una voz de advertencia y de protesta que os decía: «Eso está mal?» Tal era el primer grito que iba seguido inmediatamente de este otro: «¡Cuidado! ¡míra no sucumbas!» Era el grito de la conciencia. Felices, si lo escuchasteis. Si, por el contrario, trabajasteis por ahogarlo; si, pasando más allá, habéis puesto los dedos en las orejas de vuestras almas para no escucharlo, ¡qué desgraciados habéis sido! ¡ah! en el mismo instante, en el momento de vuestras más grandes alegrías, en el momento de vuestros más grandes triunfos, podréis dejar de escuchar la misma voz que, irritada y respirando venganza, os dice, haciéndoos temblar de horror: «Desgraciado, ¿qué has hecho? Eres un miserable». Es también la conciencia, y el grito que esa vez escucháis se llama remordimiento, porque en efecto sentís una mordedura, con que pretende despertaros y castigaros.

Los antiguos lo conocían: ¿cómo no lo iban a conocer? Acordaos de Orestes perseguido por las furias, que no le dejaban momento de reposo. El pueblo de Dios también lo conocía. Acordaos de Adán, que, avergonzado de su caída, huye de la presencia de Dios. Acordaos de Caín con el semblante abatido, porque lleva sobre su conciencia una mancha de sangre, y recorre fugitivo y errante toda la tierra, empujado por una mano poderosa e invisible; es la mano del remordimiento. Conocíanlo todos los pueblos, todas las historias, todas las literaturas; siempre y en todas partes fue conocido. En todo y por todo, siempre y en todo lugar han sido el mal, la mentira, el perjurio, el robo, la licencia, la impiedad y el sacrilegio, mientras que han sido el bien y la verdad, la justicia, la castidad, la piedad y la caridad. Siempre y en todas partes, Caín, Judas, Herodes, Pilatos, Tiberio, Nerón, Marat, Danton y Robespierre han sido y serán nombres

malditos; y han sido y serán nombres ilustres y benditos Abel, José, Foción, Aristides y San Luis. ¿Quién ha escrito en los anales de los pueblos, y quién ha marcado unos nombres con el sello de la ignominia, y otros con el sello del honor? La conciencia, hijos míos, la conciencia perpetua y universal, que llamo yo conciencia eterna, porque, antes de ser conciencia humana, fue ya conciencia divina.

Acabo de decir su nombre, y no me preguntéis de dónde viene ese grito que escucháis en vosotros mismos. En verdad que no somos nosotros, puesto que depone contra nosotros esa voz y se deja escuchar a pesar nuestro. Es otro ser, otro más grande que nosotros: es Dios. «Es Dios», dice San Buenaventura con todos los Doctores: *Conscientia est sicut praeco Dei et nuntius. Et quod dicit, non mandat ex se, sed mandat quasi a Deo, sicut praeco, cum divulgat edictum regis*. Es Dios que nos ha dotado de ese instrumento, y no sé si ha creado nada más maravilloso que ese órgano tan delicado y tan sensible. Es Dios que nos ha dado la conciencia para que conozcamos el bien y el mal, así como nos dio los ojos para que distingamos la luz de las tinieblas. Es Dios que está allí en el fondo de nuestro ser, el artista invisible que hace vibrar nuestra fibra moral; y la conciencia no es más que el teléfono que hace llegar su voz hasta nosotros. Sí, El es el que habla, el que aconseja, el que disuade, el que aprueba o reprueba, el que absuelve o condena, el que bendice o maldice, que ya silba como la brisa, ya brama como la tempestad. El es el que se sienta y preside en ese tribunal de primera instancia que está dentro de vuestra alma, esperando ese otro tribunal sin apelación de su juicio último. El es, sí, Dios es, y se engañaron completamente los antiguos cuando hicieron del remordimiento una voz del infierno; nó, no es voz del infierno; es voz del cielo.

Al poner Dios la conciencia en el hombre, le dio también la libertad. El hombre moral estaba completo. Ninguna de sus criaturas que viven bajo el cielo recibió este doble dón, y mientras aquéllas habían de obedecer forzosamente leyes necesarias, sólo el hombre se había de someter libremente a leyes hechas para su dirección. Hijo de Dios, muévete; tienes delante de ti el camino abierto: el bien está a la derecha; a la izquierda está el mal; eres dueño de la elección. Tal es el lenguaje de la libertad. Mas ten cuidado, dice otra voz: esa libertad es temporal. Desde el cielo te vigila el Señor que te la ha dado; te dejará marchar hasta que, llegado al término que ha fijado El mismo, y que El sólo conoce, te tomará de la mano, y te pedirá cuenta exacta de tus caminos. Yo seré el encargado de presentarte ese recuerdo, y cumpliré con exactitud, porque no te dejaré ni de día ni de noche. Reconocéis, hijos míos, esa voz: es la voz de la conciencia, y el lenguaje que os la hace oír es el lenguaje del deber.

¿Comprendéis ahora cuál es nuestra tarea, cuál nuestra obligación? ¿Y cuál puede ser, sino la de formar la conciencia en vosotros, la de elevarla, la de fortalecerla, la de despertarla y excitarla para toda la vida?

¡Ah! Podemos sin duda imponeros nuestros reglamentos, nuestras prohibiciones, nuestras vigilancias, nuestras represiones y nuestros castigos. Todo eso no es más que freno exterior, pero bien impotente y bien insuficiente por cierto; y sabéis muy bien con cuánta facilidad os substraéis a él, y os libráis de él. Lo sabemos lo mismo que vosotros. Y desconfiamos lo mismo que vosotros. Nó, no tenemos confianza sino en el freno interno, que es el temor de Dios; nadie escapa de Dios. Cuando pecáis, le decís inútilmente: «Márchate de aquí; me molestas». El responde; «Me quedo aquí». ¡Claro! está en su casa. «Dios habla siempre en el fuero de la conciencia, decía

un día el Padre Lacordaire, y cuando se le contesta: Nada quiero yo contigo; cuando se huye de El, como Adán en el Paraíso, entonces se deja ver, y exclama: ¿Dónde estás, Adán? ¿Estás donde te puse? ¿estás en el camino recto en que te puso tu Criador? Ved ahí el remordimiento, la visión y la palabra de Dios después del crimen. El remordimiento es inevitable. Hay ordinariamente en el pecado un instante de triunfo, un instante en que el pecador quédase dormido en su embriaguez; pero Dios, que tiene el reloj de nuestro destino, ha contado esa hora como las demás; sabe que es bien corta, y que frente a ella está la eternidad. Deja pasar la hora del delirio, después: Héme aquí. Aparece y habla: es el remordimiento, y no hay potencia que pueda escapar de El. No se puede luchar contra el remordimiento; es incorruptible: ni se le compra con oro, ni se le subyuga con el fausto del orgullo y de la vida. Después del pecado se puede todavía llevar erguida la frente, y recibir el incienso de los hombres; pero el purísimo incienso de la conciencia no humea yá para nosotros».

Así, hijos míos, en la educación, tal cual nosotros la comprendemos, tenemos de un lado la disciplina y de otro lado la conciencia. La primera puede ayudar a la segunda a evitar el mal, algún mal exterior y pequeño; sólo la segunda obliga a hacer el bien. La primera se os impone sólo en algunos lugares y por poco tiempo; la segunda está en vosotros y con vosotros siempre y en todo lugar. La primera hará esclavos, *ad oculum servientes*; la segunda, hijos de Dios, obedientes al padre, *non propter iram, sed propter conscientiam*. Un gran orador, Donoso Cortés, afirmó filosófica e históricamente en un discurso célebre, que cuanto más fuerte es en una sociedad el freno moral o interior, tanto menos necesidad tiene de serlo el freno político o exterior, y recíprocamente. Evi-

dente es esto entre nosotros. Cuanto más haga la conciencia, tanto menos que hacer tendrá la disciplina. Apelamos a ésta con pesar, y sólo en defecto de aquélla. Si sólo obedecéis por temor, nuestra escuela no será una familia: será un cuartel; y mañana, cuando sacudáis de los pies el polvo de la escuela, sacudiréis también la regla. Tanto vosotros como nosotros habremos perdido el tiempo: nada habremos hecho de utilidad. Y si, por el contrario, ha sido aquí la conciencia la antorcha de vuestra juventud, llevaréis siempre delante esa antorcha, y vuestra vida, así iluminada y dirigida, marchará por vías rectas hacia la eternidad.

II

Pero conviene que sea vuestra conciencia tal cual Dios la quiere. ¡Hay tantas, tan extrañas y tan indignas de este nombre! ¿Queréis conocerlas?

Hay conciencias ruines, y yo quiero que seáis de conciencia noble y elevada. Está la que yo llamaría conciencia mezquina, y que se inspira para la regla de su conducta en el interés del hombre, en el interés de la tierra. No tiene más móvil que la utilidad. De un lado tiene el deber, la honradez; pero si ve del otro lado el provecho, negociará, como el judío Iscariote, con el Sanedrín. ¿Cuánto me producirá esta acción, en goces, en dinero, en honores y en placeres? Entonces se entrega, se vende: lo vendería todo por una bolsa repleta, por una banda, por una silla puesta en lugar elevado. ¡Oh conciencia venal! Cuando me encuentro con ella en las antecámaras a donde la conduce la ambición, me siento tentado de echarla a la cara la despreciativa palabra que lanzó Yegurta a la cara de Roma: «¡Ciudad vendible, si hubiera alguien que te quisiera comprar!» ¿Es eso conciencia? nó, es mercancia. Os quiero, hijos míos, de más elevada conciencia.

Hay conciencias ligeras, superficiales, y yo os quiero, hijos míos, de conciencia profunda. Es la que yo llamaría conciencia mundana, porque para su regla de conducta se inspira en el mundo, en la opinión del mundo, en las maneras del mundo, y en el qué dirá el mundo. ¿Qué dirán de mí? ¿qué dirán de mi educación, de mi cristianismo, de mi recato, de mi sobriedad, de mi modestia y de mi castidad? ¿Qué dirán los jóvenes, mis compañeros, mis amigos? ¿Qué hacen los demás, para hacer yo lo que ellos hacen? Pensando siempre en la hora que señalará el reloj ajeno, sin acordaros de mirar el propio. ¿Es eso conciencia, hijos míos? Nó: es la superficie de un espejo: no hay pensamientos propios, no hay pensamientos sino por reflexión. Es una oveja que bala, siguiendo al rebaño lo mismo a la dehesa que al matadero: *ovis sequens et balans*.

La conciencia que quiero en vosotros es conciencia activa, conciencia libre. Esa conciencia no tiene al mundo por legislador, ni la moda por código; nunca pregunta qué piensan los hombres, sino qué piensa Dios. *Ad haec, quid Christus?* ¿Qué piensa en esto Jesucristo? Ella tiene los ojos sobre sus ojos, los oídos junto a su boca, y la cabeza reclinada sobre su corazón: es la conciencia cristiana.

Hay conciencias groseras, desvergonzadas, y yo os quiero de conciencia delicada y tímida. Conocéis al jabalí de la fábula que nada teme, ni el polvo ni el barro, que se revuelca en el fango, que se tira en el cieno, con tal se abra paso para seguir su marcha. Conocéis también el armiño, que cuida solícito de la limpieza y de la blancura de su piel, y que apenas levanta con sus pies el polvo del camino. Deseo para vosotros la delicada conciencia del armiño.

Hay conciencias débiles que se rinden ante la nada de un soplo, y las hay fuertes que resisten a la violencia del

huracán. Las primeras conciben buenos deseos, pero los escriben en la arena, y un soplo los borra; las segundas tienen resoluciones que graban en el bronce, y que permanecen para siempre. Han dicho nó: no será; y como gota de agua, pasará por esas almas de acero el torrente de la injuria, de la contradicción y de la persecución.

Pero hay también conciencias lastimadas, caídas, gastadas. ¿Qué? ¿se puede llegar a matar la conciencia? Sí, por desgracia, y os diré cómo.

III

Hay una palabra sinónima de pecado, y en la cual se abisma mi pensamiento: es la palabra *transgresión*. Transgredir es pasar por encima. Ved todo lo que significa esa palabra, y ¡por encima de cuántas cosas tiene que pasar el transgresor! Ved las barreras que opone la conciencia a ese joven que se halla tentado, y cuántos obstáculos debe superar para llegar a ser un malvado. Es ciertamente un drama.

La primera barrera que encuentra el pobre niño es su pasado: la imagen de lo que fue y de lo que es. ¿Piensas lo que vas a hacer? ¿y aquella paz y tranquilidad de la conciencia? ¿y aquella hermosura de la vida? ¿y aquellos méritos adquiridos? y el templo de tu cuerpo? ¿y la flor de la inocencia, y la gracia divina? ¿Y esa voz que te habla, que te grita: ¡Dios te ve! ¡detente! eso es pecado, eso es mancha, eso es mal? No se detiene, pasa, y pasa por encima de la justicia para llegar al pecado. *Ad justitia transgreditur ad peccatum*. Y si fuera necesario pasar por encima de la conciencia, pasaría: él marcha.

Nueva barrera: la conciencia pone por delante la familia. ¡Tan virtuoso que es tu padre, y tu madre tan piadosa! ¡Y tantas veces que te han repetido que

preferirían verte muerto antes que en pecado! ¡Tantos sacrificios que han hecho para preservarte y para que perseveres! ¡Ayer te hacían tan apremiantes recomendaciones y hoy hacen por tu salvación tantas oraciones y tantas comuniones! Todavía te creen digno de ellos, inocente, casto, puro, fiel y valeroso. ¿Podrás engañarles con la mentira de tu mirada y de tus labios? ¿Te atreverás a deshonorarlos, deshonorándote a ti mismo? ¿Tienes valor? Sí, tiene valor, se atreve, y miradlo cómo pasa adelante, por encima de su corazón, de su nombre, de su honor y del honor de los suyos. *Et transgressus est legem patrum suorum*.

También acude a su vez la religión; es la barrera más alta. La conciencia hace hablar al cielo, al infierno, a la eternidad: no les escucha. Sátele al encuentro Jesucristo, como en otro tiempo a Judas: *¿Amice, ad quid venisti?* Y el pérfido pasa, como pasó Judas. La Virgen María le abre los brazos como madre, para que en ellos se refugie, y su regazo para que allí se esconda: desprecia a esa madre. Ante él aparecen el Tabernáculo, la Eucaristía, el recuerdo inviolable de la primera comunión. Ese recuerdo ha hecho volver atrás a los que tenían ya un pie en el abismo; pero él no retrocede, y, echando por tierra la cruz, el altar y al sacerdote, pasa adelante. *Et transgressus est legem Altissimi*. Retírase una vez más la conciencia, confesando su derrota.

Se retira herida, asesinada, aniquilada. No puede ya soportar por más tiempo luchas semejantes: agoniza y perece. Conciencia atrofiada, conciencia muerta. San Pablo la llamó conciencia empedernida: *cauteriatam habens conscientiam*. En el mundo se le llama conciencia estragada. Ha perdido un sentido esencial, el sentido moral. A fuerza de apretar el resorte bajo el peso aplastador del pecado, ese resorte ha perdido la elasticidad, y ya no

salta. Esa conciencia está insensible, está muerta. Decid adiós al hombre honrado: ya no existe.

Y esto puede verse, y se ve a vuestra edad. Tiene nuestro siglo de esas precocidades que diariamente nos revelan la prensa y los tribunales. Y puede verse aun entre jóvenes que fueron cristianos como vosotros, pero que, al dejar de serlo, se hacen peores que los otros: es la venganza de la gracia contra los que de ella abusan. Y puede ocultarse bajo falsas apariencias muy brillantes, muy amables, muy seductoras; úlceras ocultas bajo ropajes de seda. ¡Ah! ¡vemos tantos de esos hombres que se llaman distinguidos, y son los últimos de los hombres!

Felices las conciencias que al menos soportan su miseria, y sienten el aguijón del remordimiento. Hace unos días escuché su eco en una página inglesa que he traducido para vosotros. El héroe de ese libro, errante durante la noche por las calles de una gran ciudad, detiéndose en un puente, y se pone a mirar las turbias ondas del río. «Conozco su origen, dice; su primera salida es pura como la edad de mi infancia. En mis primeros años jugaba yo a las orillas del lago en donde nacen sus frescas aguas entre brillantes rocas que cubren de espuma blanca y transparente como el copo de nieve. ¡Ah! los dos, el río y yo, éramos entonces puros como el azul de los cielos. Los dos estamos ahora igualmente turbios. Este río que serpentea lentamente, lamiendo la ciudad llena de fábricas, y arrastrando consigo todas sus inmundicias, es imagen viva de mi alma. ¡Padre mío. Dios mío, ayudadme a sacudir de mí este pesado cadáver que no me abandona jamás!»

En suma, y para terminar, hijos míos, temed a Dios; el freno de la conciencia es el temor de Dios: *Venite*, os diré con la Escritura. *venite, filii, timorem Domini docebo vos.*

Mediante este filial temor del Señor os salvaréis. El hace los sabios, esos hombres que miran de frente la dificultad, *per vias rectas*. El hace los fuertes: *In timore Domini fiducia fortitudinis erit*, dice la Escritura. El hace los santos. El temor del Señor, que es el principio de la sabiduría, es el principio también de su amor divino: *Timor Domini initium dilectionis ejus*. No es otra cosa que el temor saludable de desagradarle. Pero temer desagradar a Dios no es otra cosa que amar a Dios. Dios mío, dadnos a todos conciencias que os teman, y corazones que os amen. Esta es toda la vida de los santos.

MONSEÑOR BAUNARD

